DISCUSION DE LAS LEYES

DE SETIEMBRE DESPUES DEL ATENTADO DE FIESCHI.

LA PRENSA.

Discurso prronunciado en la sesion de 22 de Agosto de 1835.

Señores:

Si al comenzar me aparto de las siniestras imágenes que á todos nos asaltan en esta discusion, de esa fiesta homicida, de ese rey y de sus hijos amenazados del mismo golpe, de esa muerte lanzada al acaso entre centenares de ciudadanos para alcanzar á la pátria en uno solo, no es porque esta orgía horrible del crímen no haya escitado en mi alma menos piedad, menos indignacion que en la vuestra; la Francia no tiene mas que un solo corazon. El francés puede tener simpatías, convicciones diversas; pero sea cual fuere su ban-

dera, el crímen es en todas partes su enemigo. Una causa servida por ministros semejantes no puede tener mas que á facinerosos por sectarios. *(Muy bien).*

Como vosotros, señores, como los ministros de la religion que han reconocido el dedo de Dios en la salvacion del gefe del Estado, yo he dado gracias à la Providencia por la preservacion del país en un hombre. Como vosotros tambien, pasado el primer movimiento de horror, he mirado en torno de mí; me he preguntado cuáles eran estos síntomas espantosos; de dónde venia el mal; dónde estaba el remedio y si lo habia; si era preciso quedarnos cruzados de brazos ante el fuego de las pasiones mas encarnizadas y mas infernales. Me he preguntado todo esto, no como hombre de partido, sino como hombre honrado que recuerda el juramento cívico que todos hemos prestado lealmente en esta tribuna.

No se me ha ocultado ninguno de los peligros presentes, ninguno de los riesgos del porvenir, ninguno de los excesos de la prensa, ninguna de las perversidades de los partidos y sin embargo, os lo confieso, señores, sea impotencia de mi espíritu, sea por el contrario prevision mas tranquila é impasible de una política que domine las circunstancias para ser fiel á los principios, me he respondido que si yo fuera ministro, consejero de la corona y del país, no pediria este remedio á la legislacion. Al escuchar el dictámen he sentido que yo no me desatentaria así de la libertad, á pesar de las tempestades, y sobre todo, que no echaria la culpa á la prensa, de la que sin duda todos tenemos de que quejarnos, pero de la que todo debemos esperarlo; á la prensa que en mi concepto ha salido del dominio de la legislacion, que ha dejado de ser un derecho político, y que

se ha convertido en una facultad, en un sentido nuevo, en una fuerza orgánica del género humano, en su única palanca para obrar sobre sí mismo. Habeis tomado el síntoma por el mal y destruyendo el síntoma creeis destruir el mal; pero solo lograréis encubrirlo.

Sí, señores, pensando así, esperaba con ansiedad los primeros actos del gobierno despues del atentado de Julio: la convocacion de las càmaras que debia verificarse porque la Francia tenia necesidad de volverse á ver, de interrogarse, de tranquilizarse en sus representantes. Proyectos de ley! Algunos al menos debian ser el pretesto de nuestra reunion. Asì, pues, señores, el clamor público hallando su sancion en esta cámara, debia hacer desaparecer ante la ley lo que ha desaparecido ya ante la repugnancia pública, no la caricatura política y literaria, esa sátira litografiada, esa ingeniosa parodia del rostro que no afea el rostro, como las parodias de nuestros teatros subalternos no afean á Voltaire y á Racine; sino la caricatura atroz y sediciosa, en que la perversidad del corazon juega con el crímen y vilipendia las santas imágenes de la pátria y de la religion. En efecto, señores, la caricatura no es el ejercicio de publicar su opinion; es el derecho de dibujar y de vender la injuria, y la injuria no está garantizada en la Carta.

Si una ley da el voto secreto al jurado que no tiene que dar cuenta como nosotros, de sus opiniones á sus comitentes; pero que la debe de sus juicios á Dios en el cielo y á su conciencia en la tierra; si una ley fortaleciese esa inviolabilidad de la persona real, de esa personificacion de la sociedad entera, que se siente profanada cuando se le profana, herida cuando á ella se atenta; si por fin una ley purgase á nuestros teatros del sanguinario cinismo que los deshonra y

hace á los hombres feroces; si no permitiera que el funesto ensueño de un jóven insensato viniese á manchar la imaginacion de todo un pueblo con el contagio del crímen ó del libertinage, confiando el ejercicio de esta censura enteramente moral, no á la policía, sino á jurados independientes, á una especie de sacerdocio de las costumbres públicas; estas leyes, señores, reclamadas por las necesidades del momento, inspiradas por nuestra conciencia, contarian con la adhesion de todos los que consideran á la sociedad como santa y á la moral como inviolable. Y sin embargo, ¿será preciso deciros todo mi pensamiento? Estas mismas leyes yo no las habria presentado en este momento; habria aguardado algun tiempo, habria temido que se creyera que aprovechaba la emocion pública para arrancar leyes de sorpresa; habria dejado que se disipara el humo del momento para juzgar de la posicion con vista mas clara y mas serena; habria dejado que el espíritu público obrara por sí solo.

El crímen de Julio burlado por la Providencia, era favorable al espíritu de resipiscencia social, y al poder en Francia; esta catástrofe que debia aumentar la fuerza de su popularidad de la monarquía, me habria inspirado al tocarla el miedo de destruir su influencia. Los acontecimientos entregados á sí mismos, tienen una fuerza oculta; pero infalible. No se sabe cuántas elecciones, cuántas convicciones encierran para los pueblos. Los pueblos, señores, no necesitan de comentarios para leer en estos testos sangrientos el peligro y la salvacion de las sociedades!

Pero ¡cuán lejos estaba yo de esperar esta ley de muerte, esta ley de martirio contra la prensa, esta ley que hará época en los anales de las aberraciones y de las ingratitudes

humanas! Hace pocos dias, señores, vuestros enemigos os acusaban de estos proyectos destructores, y yo os defendia de este pensamiento como de un insulto á vuestra inteligencia y á vuestra constancia política. Señores, cuando leí ese dictámen tuve que callar. Semejante proyecto de ley deja muy atrás las esperanzas de vuestros mismos enemigos.

Nada me disimulo, no hay ceguedad, no hay optimismo por mi parte: la prensa, con algunas honrosas escepciones, ha merecido mal del país; no ha sido digna de su alta y santa mision, de su dictadura intelectual y moral! Lo confieso y me avergüenzo; el país vale mas que su presesion; el espíritu público está mas sano que sus órganos. Sí, la prensa desde hace cuatro años destila á cada línea el ódio, la calumnia y el ultrage; siembra la insurreccion y la anarquía. He conocido esto, lo mismo que vosotros. ¡Cuántas veces lo he deplorado! ¡Cuántas he participado de vuestra justa indignacion! ¡Cuántas me he visto tentado de maldecirla y desearla una mordaza de fierro, si no me hubiera acordado que amordazar à la prensa era lo mismo que amordazar á un tiempo á la mentira y á la verdad, que amordazar al espíritu humano!

Sí, señores, la prensa es un instrumento, uno de los útiles de la civilizacion, difícil de comprender y de manejar: à menudo os hiere, muchas veces es hostil, inícua y á veces atroz contra vosotros! Nada la enternece, nada la apacigua; reniega de sus doctrinas de ayer para oponeros las de hoy, sois su alimento, necesita devoraros para vivir; y sin embargo es menester soportarla. Los gobiernos libres que ella hace difíciles, son imposibles sin ella. Preciso es so-

portarla ó renunciar á la libertad. Preciso es vencerla probando que no tiene razon, ó sabérsela atraer; pero renegar de ella, pero romperla, pero ahogarla es una empresa insensata que redunda en contra de los que la intentan, porque esta empresa conduce hácia atrás y las naciones no retroceden mucho tiempo. Esto en Moscow ó en Praga conduce al camino de la tiranía ó de la ceguedad, ó al camino de la rebelion.

Pero ¿es tan difícil resignarse à esta nueva condicion de los gobiernos? Si creo al proyecto de ley, si creo en los mismos esfuerzos del dictámen y de la comision para disfrazar en este proyecto con una libertad aparente una verdadera servidumbre, pensais que hay incompatibilidad entre la prensa y vosotros, entre la prensa y el órden social. Señores, seamos sinceros; yo no gusto de recriminaciones, y desprecio esa polémica de venganza que triunfa con la contemplacion de los males presentes, en el recuerdo de las faltas pasadas. Pero seamos justos! ¿Podeis quejaros de esta incompatibilidad? ¿No teneis nada sobre vuestra conciencia? ¿No hay algo de espiacion oculta en las injusticias de la prensa para con vosotros? ¿No sois vosotros los que la habeis hecho tal cual es? ¿Habeis sido siempre justos, siempre moderados, siempre imparciales con el gobierno de la restauracion? Ah! si exhumara vuestros escritos y vuestaas palabras de entonces, quedarlais confundidos. No lo haré; pero acordaos del ministerio Martignal! En aquel momento para siempre deplorable, en que la monarquía de los Borbones os ofrecia prendas de reconciliacion por medio de un hombre honrado, si no hubiérais contestado á sus propuestas con sospechas, á sus concesiones con exigencias, à sus halagos con ultrages, la monarquía lanzada entre las manos de amigos destructores por vuestra prensa implacable, acaso no se habria lanzado à la tentativa insensata en que hemos corrido el riesgo de sumergirnos con ella. Oh! hay siempre algo de lo pasado en lo presente; y los embarazos, las imposibilidades de una época no son las mas veces sino las consecuencias y las espiaciones de otra época. (*Sensacion*).

Señores, cuando se ha hecho todo esto, puede haber arrepentimiento; pero ¿hay derecno de quejarse? Y ¿cuando se necesita por el interés de la sociedad y no por el vuestro, me complazco en reconocerlo, cuando se necesita venir á esta tribuna á desmentirse tarde à si mismo y á acusar á sus propias palabras, causará asombro que el poder carezca de fuerza y de consideracion? (*Murmullos en el centro*).

Estais cansados de vuestra paciencia; la guardia nacional está cansada de sufrir, arma al brazo, las descargas de las facciones emboscadas detrás de la prensa; el trono está cansado de los insultos y de las burlas de la prensa, de las que su propia dignidad le impide defenderse. Pero nosotros tambien estamos cansados, señores, y lo está el pais de estos escándalos; y porque está cansado, porque la imprenta perniciosa todo lo ha dicho, todo lo ha hecho, á todo se ha atrevido; porque ha abusado de sí misma hasta enervarse, es por lo que no concebimos las medidas que reclamais. Esto es querer poner mordazas á hombres que ya no saben qué decir! (*Bravos en la derecha y en la izquierda*).

El honorable orador encargado del dictámen acaba de trazarnos tal cuadro de nuestra situacion moral, que á ser cierto no habria mas que envolverse en el manto y aguardar la postrera ruina de la pátria y de la civilizacion. Pues

bien, señores, examinarémos el país no en sus aflictivos detalles, sino en sus grandes síntomas. Veamos qué ha hecho esta prensa, instrumento, segun él de ruina y destruccion. Hace cinco años que la prensa, estimando contra vosotros el fuego de Julio, ha agotado el arsenal de las malas pasiones, contra el gefe del gobierno, contra la forma monárquica, contra los poderes políticos aun cuando se deriven de la eleccion, contra las superioridades sociales, contra la propiedad, contra la religion! (*Es verdad! es verdad! atencion!*)

Pues bien, señores, mirad en torno vuestro. ¿Qué es lo que ha caido? ¿En dónde están las ruinas? Vuestro trono estaba derribado y se ha vuelto á levantar. Los buenos ciudadanos andaban dispersos y temblando, temian una victoria que hubiera enseñado al pueblo cuál era su fuerza; ahora están unidos bajo el estandarte de la guardia nacional, y forman el ejército unánime del órden público. El ejército estaba disuelto y teneis cuatrocientos mil soldados disciplinados como un solo hombre. Se amenazaba á la propiedad, y la propiedad lo posee todo, aun los derechos electivos, que no debieran pertenecerle de una manera esclusiva. Se saqueaba el arzobispado, se demolian vuestros templos, y vuestros templos restaurados y concurridos, demuestran que la religion y la libertad se comprenden y reconocen su comun orígen. Vuestras elecciones estaban entregadas al soplo de los partidos estremos, y desde los consejos municipales hasta esta cámara en que hablo, nuestros cuerpos electivos están llenos de hombres de bien, de inteligencia y de buena voluntad. La asonada recorria vuestras calles; el órden y la paz reinan en ellas, y si acaban de presenciar un crímen espantoso, la Francia entera

esperimenta un estremecimiento de horror: Vuestro mismo trono, tan ultrajado, tantas veces arrastrado á las cloacas de los periódicos, yo os lo pregunto, ¿qué ha perdido? sí, lo pregunto á vosotros, que testigos del último atentado, habeis visto al príncipe engrandecerse bajo este peligro, por su sangre fria en cuanto á sí mismo, y por su solicitud para con los otros, honrar al gobierno en su gefe. (*Bravos en el centro*).

Y todo esto, señores, se ha hecho ante la persona que segun vosotros todo lo hace imposible. Responded en conciencia: ¿todo esto se habria operado mejor y mas pronto en una prensa muda y corrompida? ¿Quién se atreverá á decirlo? Sí, la prensa es la que lo ha hecho todo. Y ¿cómo? De dos maneras: con sus lecciones y con sus excesos. Ha propagado la razon pública, y por otro lado ha impulsado al bien por medio del horror al mal. Ha sido la voz del desórden, del despojo, de la anarquía, de las pasiones desenfrenadas y culpables, levantándose sin cesar en medio del pueblo para anunciar el peligro, para revivir los buenos sentimientos, para escitar á los buenos ciudadanos á unirse y á disciplinarse. Ha sido el perpetuo grito de alarma del enemigo en las tinieblas y en la pelea que siguen siempre á las revoluciones; ha espresado en voz alta la última aspiracion de las facciones; ha proclamado el pensamiento secreto de vuestros enemigos; ha sido aquel ébrio que los espartanos mostraban al pueblo para inspirarle repugnancia á la embriaguez, y así la acusais y la quereis herir y la reduciréis al silencio! ¿Y dónde estariais, si ella no hubiera hablado? (*Sensacion unánime, y bravos*)

El silencio es lo que le impone la ley de la comision, ley de fierro, reinado del terror para las ideas. Hé aquí lo que